

caballero, ó de Padre Eterno, y te sacan el retrato... porque tienes la gran figura. Cara, cuerpo, expresión; todo lo que no es del alma es en ti noble y hermoso; llevas en tu persona un tesoro, un verdadero tesoro de líneas... Vamos, apuesto á que no lo entiendes.

La vanidad aumentó la turbación en que el bueno de Izquierdo estaba. Presunciones de gloria le pasaron con ráfagas de hoguera por la frente... Entrevió un porvenir brillante... ¡Él retratado por los pintores!... ¡Y eso se pagaba! Y se ganaban cuartos por vestirse, ponerse y ¡ah!... *Platón* se miró en el vidrio del cuadro de las trenzas; pero no se veía bien...

—Conque no lo olvides... Preséntate en cualquier estudio, y eres un hombre. Con tu piojín á cuestras, serías el San Cristóbal más hermoso que se podría ver. Adiós, adiós...

## X

## Más escenas de la vida íntima.

## I

Saliendo por los corredores, decía Guillermina á su amiga:

«Eres una inocentona... tú no sabes tratar con esta gente. Déjame á mí, y estate tranquila, que el *Pituso* es tuyo. Yo me entiendo. Si ese bribón te coge por su cuenta, te saca más de lo que valen todos los chicos de la Inclusa juntos con sus padres respectivos. ¿Qué pensabas tú ofrecerle? ¿Diez mil reales? Pues me los das, y si lo saco por menos, la diferencia es para mi obra.»

Después de platicar un rato con Severiana en la salita de ésta, salieron escoltadas por diferentes cuerpos y secciones de la granjería de los dos patios. A Juanín, por más que Jacinta y Rafaela se desojaban buscándole, no le vieron por ninguna parte.

Aquel día, que era el 22, empeoró el Delfín, á causa de su impaciencia y por aquel afán de querer anticiparse á la naturaleza quitándole á ésta los medios de su propia reparación. Á poco de levantarse tuvo que volverse á la cama, quejándose de molestias y dolores puramente

ilusorios. Su familia, que ya conocía bien sus mañas, no se alarmaba, y Barbarita recetábale sin cesar sábanas y resignación. Pasó la noche intranquilo; pero se estuvo durmiendo toda la mañana del 23, por lo que pudo Jacinta dar otro salto, acompañada de Rafaela, á la calle de Mira el Río. Esta visita fué de tan poca substancia, que la dama volvió muy triste á su casa. No vió al *Pituso* ni al Sr. Izquierdo. Dijole Severiana que Guillermina había estado antes y echado un largo parlamento con el *endivido*, quien tenía al chico montado en el hombro, ensayándose sin duda para *hacer* el San Cristóbal. Lo único que sacó Jacinta en limpio de la excursión de aquel día, fué un nuevo testimonio de la popularidad que empezaba á alcanzar en aquellas casas. Hombres y mujeres la rodeaban, y poco faltó para que la llevaran en volandas. Oyóse una voz que gritaba: «¡viva la simpatía!», y le echaron coplas de gusto dudoso, pero de muy buena intención. Los de Ido llevaban la voz cantante en este concierto de alabanzas, y daba gozo ver á D. José tan elegante, con las prendas en buen uso que Jacinta le había dado, y su hongo casi nuevo de color de café. El primogénito de los *clagues* fué objeto de una serie de transacciones y reventas chalanescas, hasta que lo adquirió por dos cuartos un cierto vecino de la casa, que tenía la especialidad de hacer el *higui* en los Carnavales.

Adoración se pegaba á doña Jacinta desde que la veía entrar. Era como una idolatría el cariño de aquella chicuela. Quedábase extática y lela delante de la señorita, devorándola con sus ojos, y si ésta le cogía la cara ó le daba un beso, la pobre niña temblaba de emoción y parecía que le entraba fiebre. Su manera de expresar lo que sentía era dar cabezadas contra el cuerpo de su ídolo, metiendo la cabeza entre los pliegues del mantón y apretando como si quisiera abrir con ella un hueco. Ver partir á *doña* Jacinta era quedarse Adoración sin alma, y Severiana tenía que ponerse seria para hacerla entrar en razón. Aquel día le llevó la dama unas botitas muy lindas, y prometió llevarle otras prendas, pendientes y una sortija con un diamante fino del tamaño de un garbanzo; más grande todavía, del tamaño de una avellana.

Al volver á su casa, tenía la Delfina vivos deseos de saber si Guillermina había hecho algo. Llamóla por el balcón; pero la fundadora no estaba. Probablemente, según dijo la criada, no regresaría hasta la noche, porque había tenido que ir tercera vez á la estación de las Pulgas, á la obra y al asilo de la calle de Albuquerque.

Aquel día ocurrió en la casa de Santa Cruz un suceso feliz. Entró D. Baldomero de la calle cuando ya se iban á sentar á la mesa, y dijo con la mayor naturalidad del mundo que le había

caidó la lotería. Oyó Barbarita la noticia con calma, casi con tristeza, pues el capricho de la suerte loca no le hacía mucha gracia. La Providencia no había andado en aquello muy lista que digamos, porque ellos no necesitaban de la lotería para nada, y aun parecía que les estorbaba un premio que, en buena lógica, debía de ser para los infelices que juegan por mejorar de fortuna. ¡Y había tantas personas aquel día dadas á Barrabás por no haber sacado ni un triste reintegro! El 23, á la hora de la lista grande, Madrid parecía el país de las desilusiones, porque... ¡cosa más particular! á nadie le tocaba. Es preciso que á uno le toque para creer que hay agraciados.

Don Baldomero estaba muy sereno, y el golpe de suerte no le daba calor ni frío. Todos los años compraba un billete entero, por rutina ó vicio, quizás por obligación, como se toma la cédula de vecindad ú otro documento que acredite la condición de español neto, sin que nunca sacase más que fruslerías, algún reintegro ó premios muy pequeños. Aquel año le tocaron doscientos cincuenta mil reales. Había dado, como siempre, muchas participaciones, por lo cual los doce mil quinientos duros se repartían entre multitud de personas de diferente posición y fortuna; pues si algunos ricos cogían buena breva, también muchos pobres pellizcaban algo. Santa Cruz llevó la lista al comedor,

y la iba leyendo mientras comía, haciendo la cuenta de lo que á cada cual tocaba. Se le oía como se oye á los niños del colegio de San Ildefonso que sacan y cantan los números en el acto de la extracción.

«*Los Chicos* jugaron dos décimos, y se calzan cincuenta mil reales. Villalonga un décimo: veinticinco mil. Samaniego la mitad.»

Pepe Samaniego apareció en la puerta á punto que D. Baldomero pregonaba su nombre y su premio, y el favorecido no pudo contener su alegría, y empezó á dar abrazos á todos los presentes, incluso los criados.

«Eulalia Muñoz, un décimo: veinticinco mil reales. Benignita, medio décimo: doce mil quinientos reales. Ahora viene toda la morralla. Deogracias, Rafaela y Blas han jugado diez reales cada uno. Les tocan mil doscientos cincuenta.»

—El carbonero, ¿á ver el carbonero?—dijo Barbarita, que se interesaba por los jugadores de la última escala lotérica.

—El carbonero echó diez reales; Juana, nuestra insigne cocinera, veinte; el carnicero, quince... A ver, á ver: Pepa la pincha cinco reales, y su hermana otros cinco. A éstas les tocan seiscientos cincuenta reales.

—¡Qué miseria!

—Hija, no lo digo yo, lo dice la aritmética. Los partícipes iban llegando á la casa atraí-

dos por el olor de la noticia, que se extendió rápidamente; y la cocinera, las pinchas y otras personas de la servidumbre se atrevían á quebrantar la etiqueta, llegándose á la puerta del comedor y asomando sus caras regocijadas para oír cantar al señor la cifra de aquellos dineros que les caían. La señorita Jacinta fué quien primero llevó los parabienes á la cocina, y la pincha perdió el conocimiento por figurarse que con los tristes cinco reales le habían caído lo menos tres millones. Estupiñá, en cuanto supo lo que pasaba, salió como un rayo por esas calles en busca de los agraciados para darles la noticia. El fué quien dió las albricias á Samaniego, y cuando ya no halló ningún interesado, daba la gran jaqueca á todos los conocidos que encontraba. ¡Y él no se había sacado nada!

Sobre esto habló Barbarita á su marido con toda la gravedad discreta que el caso requería.

—Hijo, el pobre Plácido está muy desconsolado. No puede disimular su pena, y eso de salir á dar la noticia es para que no le conozcamos en la cara la hiel que está tragando.

—Pues, hija, yo no tengo la culpa... Te acordarás que estuvo con el medio duro en la mano, ofreciéndolo y retirándolo, hasta que al fin su avaricia pudo más que la ambición, y dijo: «Para lo que yo me he de sacar, más vale que emplee mi escudito en anises...» ¡Toma anises!

—¡Pobrecillo!... ponlo en la lista.

Don Baldomero miró á su esposa con cierta severidad. Aquella infracción de la aritmética parecíale una cosa muy grave.

—Ponlo, hombre, ¿qué más te da? Que estén todos contentos...

Don Baldomero II se sonrió con aquella bondad patriarcal tan suya, y sacando otra vez lista y lápiz, dijo en alta voz:

—Rossini, diez reales: le tocan mil doscientos cincuenta.

Todos los presentes se apresuraron á felicitar al favorecido, quedándose él tan parado y suspenso, que creyó que le tomaban el pelo.

—No, si yo no...

Pero Barbarita le echó unas miradas que le cortaron el hilo de su discurso. Cuando la señora miraba de aquel modo, no había más remedio que callarse.

—¡Si habrá nacido de pie este bendito Plácido—dijo D. Baldomero á su nuera,—que hasta se saca la lotería sin jugar!

—Plácido—gritó Jacinta riéndose con mucha gana—es el que nos ha traído la suerte.

—Pero si yo...—murmuró otra vez Estupiñá, en cuyo espíritu las nociones de la justicia eran siempre muy claras, como no se tratara de contrabando.

—Pero tonto... ¡cómo tendrás esa cabeza—dijo Barbarita con mucho fuego,—que ni si-

quiera te acuerdas de que me diste medio duro para la lotería!

—Yo... cuando usted lo dice... En fin... la verdad, mi cabeza anda, *talmente*, así un poco ida...

Se me figura que Estupiñá llegó á creer á pie juntillas que había dado el escudo.

—¡Cuando yo decía que el número era de los más bonitos...!—manifestó D. Baldomero con orgullo.—En cuanto el lotero me lo entregó sentí la corazonada.

—Como bonito...—agregó Estupiñá,—no hay duda que lo es.

—Si tenía que salir, eso bien lo veía yo—afirmó Samaniego con esa convicción que es resultado del gozo.—¡Tres *cuatros* seguidos, después un *ceró*, y acabar con un *ocho*...! Tenía que salir.

El mismo Samaniego fué quien discurrió celebrar con panderetazos y villancicos el fausto suceso, y Estupiñá propuso que fueran todos los agraciados á la cocina para hacer ruido con las *cacerolas*. Mas Barbarita prohibió todo lo que fuera barullo, y viendo entrar á Federico Ruiz, á Eulalia Muñoz y á uno de los *Chicos*, Ricardo Santa Cruz, mandó destapar media docena de botellas de *Champagne*.

Toda esta algazara llegaba á la alcoba de Juan, que se entretenía oyendo contar á su mujer y á su criado lo que pasaba, y singularmen-

te el milagro del premio de Estupiñá. Lo que se rió con esto no hay para qué decirlo. La prisión en que tan á disgusto estaba volvíale pronto á su mal humor, y poniéndose muy regañón decía á su mujer: «Eso, eso, déjame solo otra vez para ir á divertirme con la bullanga de esos idiotas. ¡La lotería! ¡qué atraso tan grande! Es de las cosas que debieran suprimirse: mata el ahorro; es la Providencia de los haraganes. Con la lotería no puede haber prosperidad pública... ¿Qué? te marchas otra vez. ¡Bonita manera de cuidar á un enfermo! Y vamos á ver, ¿qué demonios tienes tú que hacer por esas calles toda la mañana? A ver, explicame, quiero saberlo; porque es ya lo de todos los días.»

Jacinta daba sus excusas risueña y sosegada. Pero le fué preciso soltar una mentirijilla. Había salido por la mañana á comprar nacimientos, velitas de color y otras chucherías, para los niños de Candelaria.

—Pues entonces—replicó Juanito revolviéndose entre las sábanas,—yo quiero que me digan para qué sirven mamá y Estupiñá, que se pasan la vida mareando á los tenderos, y se saben de memoria los puestos de Santa Cruz... A ver, que me expliquen esto...

La algazara de los premiados, que iba cediendo algo, se aumentó con la llegada de Guillermina, la cual supo en su casa la nueva y entró diciendo á voces: «Cada uno me tiene que dar

el veinticinco por ciento para mi obra... si no Dios y San José les amargarán el premio.»

—El veinticinco es mucho para la gente menuda—dijo D. Baldomero.—Consúltalo con San José y verás cómo me da la razón.

—¡Hereje!...—replicó la dama haciéndose la enfadada,—herejote... después que chupas el dinero de la Nación, que es el dinero de la Iglesia, ahora quieres negar tu auxilio á mi obra, á los pobres... El veinticinco por ciento y tú el cincuenta por ciento... Y punto en boca. Si no lo gastarás en botica. Conque elige.

—No, hija mía; por mí te lo daré todo...

—Pues no harás nada demás, avariento. Se están poniendo bien las cosas, á fe mía... El ciento de *pintón*, que estaba la semana pasada á diez reales, ahora me lo quieren cobrar á once y medio, y el *pardo* á diez y medio. Estoy volada. Los materiales por las nubes...

Samaniego se empeñó en que la santa había de tomar una copa de *Champagne*.

—¿Pero tú qué has creído de mí, viciosote? ¡Yo beber esas porquerías!... ¿Cuándo cobras, mañana? Pues prepárate. Allí me tendrás como la maza de Fraga. No te dejaré vivir.

Poco después Guillermina y Jacinta hablaban á solas, lejos de todo oído indiscreto.

—Ya puedes vivir tranquila—le dijo la Pacheco.—El *Pituso* es tuyo. He cerrado el trato esta tarde. No puedes figurarte lo que bregué

con aquel Iscariote. Perdí la cuenta de las hostias que me echó el muy blasfemo. Allá me sacó del cofre la partida de bautismo, un papelito queapestaba. Este documento no prueba nada. El chico será ó no será... ¡quién lo sabe! Pero, pues tienes este capricho de ricacha mimosa, allá con Dios... Todo esto me parece irregular. Lo primero debió ser hablar del caso á tu marido. Pero tú buscas la sorpresita y el efecto teatral. Allá lo veremos... Ya sabes, hija, el trato es trato. Me ha costado Dios y ayuda hacer entrar en razón al Sr. Izquierdo. Por fin se contenta con seis mil quinientos reales. Lo que sobra de los diez mil es para mí, que bien me lo he sabido ganar... Conque mañana, yo iré después de mediodía; ve tú también con los santos cuartos.

Púsose Jacinta muy contenta. Había realizado su antojo; ya tenía su juguete. Aquello podría ser muy bien una niñería; pero ella tenía sus razones para obrar así. El plan que concibió para presentar al *Pituso* á la familia é introducirlo en ella, revelaba cierta astucia. Pensó que nada debía decir por el pronto al Delfín. Depositaria su hallazgo en casa de su hermana Candelaria hasta ponerle presentable. Después diría que era un huerfanito abandonado en las calles, recogido por ella... ni una palabra referente á quién pudiera ser la mamá, ni menos el papá de tal muñeco. Todo el toque estaba en

observar la cara que pondría Juan al verle. ¿Dírale algo la voz misteriosa de la sangre? ¿Reconocería en las facciones del pobre niño las de...? Al interés dramático de este lance, sacrificaba Jacinta la conveniencia de los procedimientos propios de tal asunto. Imaginándose lo que iba á pasar, la turbación del infiel, el perdón suyo, y mil cosas y pormenores novelescos que barruntaba, produciase en su alma un goce semejante al del artista que crea y compone, y también un poco de venganza, tal y como en alma tan noble podía producirse esta pasión.

## II

Cuando fué al cuarto del Delfín, Barbarita le hacía tomar á éste un tazón de te con coñac. En el comedor continuaba la bulla, pero los ánimos estaban más serenos. «Ahora—dijo la mamá—han pegado la hebra con la política. Dice Samaniego que hasta que no corten doscientas ó trescientas cabezas no habrá paz. El marqués no está por el derramamiento de sangre, y Estupiñá le preguntaba por qué no había aceptado la diputación que le ofrecieron... Se puso lo mismito que un pavo, y dijo que él no quería meterse en...»

—No dijo eso—saltó Juanito, suspendiendo la bebida.

—Que sí, hijo; dijo que no quería meterse en estos... no sé qué.

—Que no dijo eso, mamá. No alteres tú también la verdad de los textos.

—Pero hijo, si lo he oído yo.

—Aunque lo hayas oído, te sostengo que no pudo decir eso... vaya.

—¿Pues qué?

—El marqués no pudo decir *meterse*... yo pongo mi cabeza á que dijo *inmiscuirse*... Si sabré yo cómo hablan las personas finas.

Barbarita soltó la carcajada.

—Pues sí... tienes razón; así, así fué... que no quería *inmiscuirse*...

—¿Lo ves?... Jacinta.

—¿Qué quieres, niño mimoso?

—Mándale un recado á Aparisi. Que venga al momento.

—¿Para qué? ¿Sabes la hora que es?

—En cuánto sepa el motivo, se planta aquí de un salto.

—¿Pero á qué?

—¡Ahí es nada! ¿Crees que va á dejar pasar eso de *inmiscuirse*? Yo quiero saber cómo se sacude esa mosca...

Las dos damas celebraron aquella broma, mientras le arreglaban la cama. Guillermina había salido de la casa sin despedirse, y poco á poco se fueron marchando los demás. Antes de las doce todo estaba en silencio, y los papás se

retiraron á su habitación, después de encargar á Jacinta que estuviese muy á la mira para que el Delfín no se desabrigara. Este parecía dormido profundamente; y su esposa se acostó sin sueño, con el ánimo más dispuesto á la centinela que al descanso. No había transecurrido una hora cuando Juan despertó intranquilo, rompiendo á hablar de una manera algo descompuesta. Creyó Jacinta que deliraba, y se incorporó en su cama; mas no era delirio, sino inquietud con algo de impertinencia. Procuró calmarle con palabras cariñosas, pero él no se daba á partido. «¿Quieres que llame?»—«No; es tarde y no quiero alarmar... Es que estoy nervioso. Se me ha espantado el sueño. Ya se ve: todo el día en este pozo del aburrimiento. Las sábanas arden y mi cuerpo está frío.»

Jacinta se echó la bata y corrió á sentarse al borde del lecho de su marido. Parecióle que tenía algo de calentura. Lo peor era que sacaba los brazos y retiraba las mantas. Temerosa de que se enfriara, apuró todas las razones para sosegarle; y viendo que no podía ser, quitóse la bata y se metió con él en la cama, dispuesta á pasar la noche abrigándole por fuerza como á los niños, y arrullándole para que se durmiera. Y la verdad fué que con esto se sosegó un tanto, porque le gustaban los mimos, y que se molestaban por él, y que le dieran tertulia cuando estaba desvelado. ¡Y cómo se hacía el nene

cuando su mujer, con deliciosa gentileza materna, le cogía entre sus brazos y le apretaba contra sí para agasajarle, prestándole su propio calor! No tardó Juan en aletargarse con la virtud de estos melindres. Jacinta no quitaba sus ojos de los ojos de él, observando con atención sostenida si se dormía, si murmuraba alguna queja, si sudaba. En esta situación oyó claramente la una, la una y media, las dos, cantadas por la campana de la Puerta del Sol, con tan claro timbre, que parecían sonar dentro de la casa. En la alcoba había una luz dulce, colada por pantalla de porcelana.

Y cuando pasaba un rato largo sin que él se moviera, Jacinta se entregaba á sus reflexiones. Sacaba sus ideas de la mente, como el avaro saca las monedas, cuando nadie le ve, y se ponía á contarlas y á examinarlas y á mirar si entre ellas había alguna falsa. De repente acordábase de la jugarreta que le tenía preparada á su marido, y su alma se estremecía con el placer de su pueril venganza. El *Pituso* se le metía al instante entre ceja y ceja. ¡Le estaba viendo! La contemplación ideal de lo que aquellas facciones tenían de desconocido, el trasunto de las facciones de la madre, era lo que más trastornaba á Jacinta, enturbiando su piadosa alegría. Entonces sentía las cosquillas, pues no merecen otro nombre, las cosquillas de aquella infantil rabia que solía acometerla, sintiendo

además en sus brazos ciertó prurito de apretar y apretar fuerte para hacerle sentir al infiel el furor de paloma que la dominaba. Pero la verdad era que no apretaba ni pizca, por miedo de turbarle el sueño. Si creía notar que se estremecía con escalofríos, apretaba, sí, dulcemente, liándose á él para comunicarle todo el calor posible. Cuando él gemía ó respiraba muy fuerte, le arrullaba dándole suaves palmadas en la espalda; y por no apartar sus manos de aquella obligación, siempre que quería saber si sudaba ó no, acercaba su nariz ó su mejilla á la frente de él.

Serían las tres cuando el Delfin abrió los ojos, despabilándose completamente, y miró á su mujer, cuya cara no distaba de la suya el espacio de dos ó tres narices. «¡Qué bien me encuentro ahora!—le dijo con dulzura.—Estoy sudando; ya no tengo frío. ¿Y tú, no duermes? ¡Ah! La gran lotería es la que me ha tocado á mí. Tú eres mi premio gordo. ¡Qué buena eres!»

—¿Te duele la cabeza?

—No me duele nada. Estoy bien; pero me he desvelado; no tengo sueño. Si no lo tienes tú tampoco, cuéntame algo. Á ver, dime adónde fuiste esta mañana.

—Á contar los frailes, que se ha perdido uno. Así nos decía mamá, cuando mis hermanas y yo le preguntábamos dónde había ido.

—Respóndeme al derecho. ¿Adónde fuiste?

Jacinta se reía, porque le ocurrió dar á su marido un bromazo muy chusco.

—¡Qué alegre está el tiempo! ¿De qué te ríes?

—Me río de ti... ¡Qué curiosos son estos hombres! ¡Virgen María!, todo lo quieren saber.

—Claro, y tenemos derecho á ello.

—No puede una salir á compras...

—Dale con las tiendas. Competencia con mamá y Estupiñá; eso no puede ser. Tú no has ido á compras.

—Que sí.

—¿Y qué has comprado?

—Tela.

—¿Para camisas mías? Si tengo... creo que son veintisiete docenas.

—Para camisas tuyas, sí; pero te las hago chiquititas.

—¡Chiquititas!

—Sí, y también te estoy haciendo unos baberos muy monos.

—¡Á mí; baberos á mí!

—Sí, tonto; por si se te cae la baba.

—¡Jacinta!

—Anda... y se ríe el muy simple. ¡Verás qué camisas! Sólo que las mangas son así... no te cabe más que un dedo en ellas.

—¿De veras que tú?... A ver, ponte seria... Si te ríes no creo nada.

—¿Ves qué seria me pongo?... Es que me ha-

ces reir tú... Vaya, te hablaré con formalidad. Estoy haciendo un ajuar.

—Vamos, no quiero oírte... ¡Qué guasoncita!

—Que es verdad.

—Pero...

—¿Te lo digo? Di si te lo digo.

Pasó un ratito en que se estuvieron mirando. La sonrisa de ambos parecía una sola, saltando de boca á boca.

—¡Qué pesadez!... di pronto...

—Pues allá va... Voy á tener un niño.

—¡Jacinta! ¿Qué me cuentas?... Estas cosas no son para bromas—dijo Santa Cruz con tal alborozo, que su mujer tuvo que meterle en cintura.

—Eh, formalidad. Si te destapas me callo.

—Tú bromeas... ¡Pues si fuera eso verdad, no lo habrías cantado poco... con las ganitas que tú tienes! Ya se lo habrías dicho hasta á los sordos. Pero di, ¿y mamá lo sabe?

—No; no lo sabe nadie todavía.

—Pero mujer... Déjame, voy á tirar de la campanilla.

—Tanto... loco... estate quieto ó te pego.

—Que se levanten todos en la casa para que sepan... Pero, ¿es farsa tuya? Sí, te lo conozco en los ojos.

—Si no te estás quieto, no te digo más...

—Bueno, pues me estaré quieto... Pero responde, ¿es presunción tuya ó...?

—Es certeza.

—¿Estás segura?

—Tan segura como si le estuviera viendo, y le sintiera correr por los pasillos... ¡Es más salado, más pillín...! bonito como un ángel, y tan granuja como su papá.

—¡Ave María Purísima, qué precocidad! Todavía no ha nacido, y ya sabes que es varón y que es tan granuja como yo.

La Delfina no podía tener la risa. Tan pegados estaban el uno al otro, que parecía que Jacinta se reía con los labios de su marido, y que éste sudaba por los poros de las sienes de su mujer.

—¡Vaya con mi señora, lo que me tenía guardado!—añadió Juan con incredulidad.

—¿Te alegras?

—¿Pues no me he de alegrar? Si fuera cierto, ahora mismo ponía en planta á toda la familia para que lo supieran; de fijo que papá se encasquetaba el sombrero y se echaba á la calle, disparado, á comprar un nacimiento. Pero vamos á ver, explícate, ¿cuándo será eso?

—Pronto.

—¿Dentro de seis meses? ¿Dentro de cinco?

—Más pronto.

—¿Dentro de tres?

—Más prontísimo... está al caer, al caer.

—¡Bah!... Mira, esas bromas son impertinentes. ¿Conque fuera de cuenta? Pues nada, no se te conoce.

—Porque lo disimulo.

—Sí; para disimular estás tú. Lo que harías tú, con las ganas que tienes de chiquillos, sería salir para que todo el mundo te viera con tu bombo, y mandar á Rossini con un suelto á *La Correspondencia*.

—Pues te digo que ya no hay día seguro. Nada, hombre, cuando le veas te convencerás.

—¿Pero á quién he de ver?

—Al... á tu hijito, á tu nenín de tu alma.

—Te digo formalmente que me llenas de confusión, porque para chanza me parece mucha insistencia; y si fuera verdad, no lo habrías tenido tan guardado hasta ahora.

Comprendiendo Jacinta que no podía sostener más tiempo el bromazo, quiso recoger vela, y le incitó á que se durmiera, porque la conversación acalorada podía hacerle daño.

—Tiempo hay de que hablemos de esto—le dijo;—y ya... ya te irás convenciendo.

—*¿üeno*—replicó él con puerilidad graciosa, tomando el tono de un niño á quien arrullan.

—A ver si te duermes... Cierra esos ojitos. ¿Verdad que me quieres?

—Más que á mi vida. Pero, hija de mi alma, ¡qué fuerza tienes! ¡Cómo aprietas!

—Si me engañas te cojo, y... así, así...

—¡Ay!

—Te deshago como un bizcocho.

—¡Qué gusto!

—Y ahora, á *mimir*...

Este y otros términos que se dicen á los niños les hacían reír cada vez que los pronunciaban; pero la confianza y la soledad daban encanto á ciertas expresiones, que habrían sido ridículas en pleno día y delante de gente. Pasado un ratito, Juan abrió los ojos, diciendo en tono de hombre:

—¿Pero de veras que vas á tener un chico?...

—*Chí... y á mimir... rro... rro...*

Entre dientes le cantaba una canción de adormidera, dándole palmadas en la espalda.

—¡Qué gusto ser *bebé*—murmuró el Delfín;—sentirse en los brazos de la mamá, recibir el calor de su aliento y...!

Pasó otro rato, y Juan, despabilándose y fingiendo el lloriqueo de un tierno infante en edad de lactancia, chilló así:

—Mamá... mamá...

—¿Qué?

—Teta.

Jacinta sofocó una carcajada.

—*Ahola* no... teta caca... cosa fea...

Ambos se divertían con tales simplezas. Era un medio de entretener el tiempo y de expresarse su cariño.

—Toma teta—díjole Jacinta metiéndole un dedo en la boca; y él se lo chupaba diciendo que estaba muy rica, con otras muchas tontadas, justificadas sólo por la ocasión, la noche y la dulce intimidad.

—¡Si alguien nos oyera, cómo se reiría de nosotros!

—Pero como no nos oye nadie... Las cuatro: ¡qué tarde!

—Di qué temprano. Ya pronto se levantará Plácido para ir á despertar al sacristán de San Ginés. ¡Qué frío tendrá!...

—¡Cuánto mejor nosotros aquí, tan abrigaditos!

—Me parece que de esta me duermo, vida.

—Y yo también, corazón.

Se durmieron como dos ángeles, mejilla con mejilla.

### III

24 de Diciembre.

Por la mañana encargó Barbarita á Jacinta ciertos menesteres domésticos que la contrariaron; pero la misma retención en la casa ofreció coyuntura á la joven para dar un paso que siempre le había inspirado inquietud. Díjole Barbarita que no saliera en todo aquel día; y como tenía que salir forzosamente, no hubo más remedio que revelar á su suegra el lío que entre manos traía. Pidióle perdón por no haberle confiado aquel secreto, y advirtió con grandísima pena que su suegra no se entusiasmaba con la idea de poseer á Juanín. «¿Pero tú sabes lo grave que es eso?... Así, sin más ni más... un

hijo llovido. ¿Y qué pruebas hay de que sea tal hijo?... ¿No será que te han querido estafar? ¿Y crees tú que se parece realmente? ¿No será ilusión tuya?... Porque todo eso es muy vago... Esos hallazgos de hijos parecen cosa de novela...»

La Delfina se descorazonó mucho. Esperaba una explosión de júbilo en su mamá política. Pero no fué así. Barbarita, cecijunta y preocupada, le dijo con frialdad: «No sé qué pensar de ti; pero, en fin, tráetelo y escóndelo hasta ver... La cosa es muy grave. Diré á tu marido que Benigna está enferma y has ido á visitarla.» Después de esta conversación fué Jacinta á la casa de su hermana, á quien también confió su secreto, concertando con ella el depositar el niño allí hasta que Juan y D. Baldomero lo supieran. «Veremos cómo lo toman», añadió dando un gran suspiro. Estaba Jacinta aquella tarde fuera de sí. Veía al *Pituso* como si lo hubiera parido, y se había acostumbrado tanto á la idea de poscerlo, que se indignaba de que su suegra no pensase lo mismo que ella.

Juntóse Rafaela con su ama en la casa de Benigna, y helas aquí por la calle de Toledo abajo. Llevaban plata menuda para repartir á los pobres, y algunas chucherías, entre ellas la sortija que la señorita había prometido á Adoración. Era una soberbia alhaja, comprada aquella mañana por Rafaela en los bazares de *Liqui-*

*dación por saldo, á real y medio la pieza*, y tenía un diamante tan grande y bien tallado, que al mismo Regente le dejaría bizco con el fulgor de sus luces. En la fabricación de esta soberbia piedra, había sido empleado el casco más valioso de un fondo de vaso. Apenas llegaron á los corredores del primer patio, viéronse rodeadas por pelotones de mujeres y chicos, y para evitar piques y celos, Jacinta tuvo que poner algo en todas las manos. Quién cogía la peseta, quién el duro ó el medio duro. Algunas, como Severiana, que, dicho sea entre paréntesis, tenía para aquella noche una magnífica lombarda, lomo adobado y el besugo correspondiente, se contentaban con un saludo afectuoso. Otros no se daban por satisfechos con lo que recibían. A todos preguntaba Jacinta que qué tenían para aquella noche. Algunas entraban con el besugo cogido por las agallas; otras no habían podido traer más que cascajo. Vió á muchas subir con el jarro de leche de almendras que les dieran en el café de Naranjeros, y de casi todas las cocinas salía tufo de fritangas y el campaneó de los almireces. Este besaba el duro que la señorita le daba, y el otro tirábalo al aire para cogerlo con algazara, diciendo: «¡Aire, aire, á la plaza!» Y salían por aquellas escaleras abajo camino de la tienda. Había quien preparaba su banquete con un *hocico con carrilleras*, una libra de *tapa del cencerro* ú otras despreciadas partes de

la res vacuna, ó bien con asadura, bofes de cerdo, sangre frita y desperdicios aún peores. Los más opulentos dábanse tono con su pedazo de turrón del que se parte con martillo, y la que había traído una granada tenía buen cuidado de que la vieran. Pero ningún habitante de aquellas regiones de miseria era tan feliz como Adoración, ni excitaba tanto la envidia entre las amigas, pues la rica alhaja que ceñía su dedo y que mostraba con el puño cerrado era fina y de ley, y había costado unos grandes dinerales. Aun las pequeñas que ostentaban zapatos nuevos, debidos á la caridad de *doña* Jacinta, los habrían cambiado por aquella monstruosa y relumbrante piedra. La poseedora de ella, después que recorrió ambos corredores enseñándola, se pegó otra vez á la señorita, frotándose el lomo contra ella como los gatos.

—No me olvidaré de ti, Adoración—le dijo la señorita, que con esta frase parecía anunciar que no volvería pronto.

En ambos patios había tal ruido de tambores, que era forzoso alzar la voz para hacerse oír. Cuando á los tamborazos se unía el estrépito de las latas de petróleo, parecía que se desplomaban las frágiles casas. En los breves momentos que la tocata cesaba, oíase el canto de un mirlo silbando la frase del himno de Riego, lo único que del tal himno queda ya. En la calle de Mira el Río tocaba un pianillo de ma-

nubrio, y en la calle del Bastero otro, armándose entre los dos una zaragata musical, como si las dos piezas se estuvieran arañando en feroz pelea con las uñas de sus notas. Eran una polka y un andante patético, enzarzados como dos gatos furibundos. Esto y los tambores, y los gritos de la vieja que vendía higos, y el clamor de toda aquella vecindad alborotada, y la risa de los chicos, y el ladrar de los perros, pusieronle á Jacinta la cabeza como una grillera.

Repartidas las limosnas, fué al 17, donde ya estaba Guillermina impaciente por su tardanza. Izquierdo y el *Pituso* estaban también, el primero fingiéndose muy apenado de la separación del chico. Ya la fundadora había entregado el *triste estipendio*.

—Vaya, abreviemos—dijo ésta cogiendo al muchacho, que estaba como asustado.

—¿Quieres venirte conmigo?

—*Mela pa ti...*—replicó el *Pituso* con brio, y se echó á reír, alabando su propia gracia.

Las tres mujeres se rieron mucho también de aquella salida tan fina, é Izquierdo, rascándose la noble frente, dijo así:

—La señorita... á cuenta que ahora le enseñará á no soltar expresiones.

—Buena falta le hace... En fin, vámonos.

Juanín hizo alguna resistencia; pero al fin se dejó llevar, seducido con la promesa de que

le iban á comprar un nacimiento y muchas cosas buenas para que se las comiera todas.

—Ya le he prometido al Sr. de Izquierdo—dijo Guillermina—que se le procurará una colocación; y por de pronto ya le he dado mi tarjeta, para que vaya á ver con ella á uno de los artistas de más fama que está pintando ahora un magnífico *Buen Ladrón*. Vaya... quédese con Dios.

Despidióse de ellas el futuro modelo con toda la urbanidad que en él era posible, y salieron. Rafaela llevaba en brazos el chico. Como á fines de Diciembre son tan cortos los días, cuando salieron de la casa ya se echaba la noche encima. El frío era intenso, penetrante y traicionero como de helada, bajo un cielo bruñido, inmensamente desnudo y con las estrellas tan desamparadas, que los estremecimientos de su luz parecían escalofríos. En la calle del Bastero se insurreccionó el *Pituso*. Su bellísima frente ceñuda indicaba esta idea: «¿Pero adónde me llevan estas tías?» Empezó á rascarse la cabeza, y dijo con sentimiento: «*Pae Pepe...*»

—¿Qué te importa á ti tu papá Pepe? ¿Quieres un rabel? Di lo que quieres.

—*Quelo citunas*—replicó alargando la jeta.—No, *citunas* no; un pez.

—¿Un pez?... ahora mismo—le dijo su futura mamá, que estaba nerviosísima, sintiendo toda aquella vibración glacial de las estrellas dentro de su alma.